

establecimiento varios paquetes de despachos, que contendrían seguramente la orden de tomar las armas porque casi inmediatamente los talleres quedaron vacíos y los obreros se reunieron en los sitios públicos. Poco después llegaron algunos contingentes de las aldeas más próximas, y á la caída de la tarde los socialistas, formados en columna, se encaminaron á la alcaldía, en donde no había más que el alcalde, Sr. Verzanobre, acompañado del comisario de policía y de una sección de seis gendarmes. Bedarieux, á pesar de su población, que se acercaba á diez mil almas, y de sus numerosas manufacturas, no tenía guarnición, y aunque algunos meses antes se había solicitado una, nadie se había atrevido á apoyar esta solicitud por miedo á las venganzas demagógicas. Los hombres de orden no constituían más que una minoría ínfima, y aun cuando todos hubiesen empuñado las armas, no habrían podido sostener el choque de sus adversarios; por añadidura se les había dirigido un llamamiento, pero no dió ningún resultado. Reducido, pues, á la impotencia, desarmado enfrente de una multitud tumultuosa compuesta de algunos millares de individuos, el alcalde declaró que cedía á la fuerza y se retiró, haciendo lo propio el comisario de policía y los gendarmes. Los insurrectos tomaron posesión de la casa comunal é instalaron inmediatamente en ella una comisión municipal formada por el relojero Bonnal, un consejero general llamado Belagón y un señor Víctor de Caux (1).

Hasta entonces no había corrido la sangre; pero el drama que luego se desarrolló ha quedado grabado en caracteres indelebiles en la memoria de los habitantes de aquella ciudad desdichada.

Eran las siete y media de la noche. Una vez tomada la alcaldía, una muchedumbre compacta dirigióse á la casa-cuartel de los gendarmes: entre los amotinados había multitud de aldeanos; algunos iban con antifaces, y muchos eran criminales empedernidos, cazadores furtivos de profesión, gentes á quienes la Constitución les tenía sin cuidado y que, aprovechándose de los disturbios, no perseguían otra cosa que la satisfacción de sus venganzas personales, durante mucho tiempo contenidas.

Los gendarmes, al abandonar las Casas Consistoriales que no habían podido defender, habían regresado á su cuartel; el comandante de la sección, el sargento Leotard, estaba acabando de redactar un parte destinado á poner en conocimiento de la autoridad los sucesos ocurridos momentos antes, y dos de sus hombres hallábanse en la cuadra ensillando sus caballos, dispuestos á partir para Beziers á fin de llevar el parte de su jefe. La sección, como hemos dicho, se componía de seis hombres, que eran: Leotard, Bruguere, Lamm, Cirq, Sellere y Flacón.

Las turbas se aproximaban. Entre los insurrectos, aquellos á quienes la exaltación no quitaba todo el discernimiento comprendían que los gendarmes no dejarían de mandar un aviso que, difundiendo la alarma, provocaría la llegada de la fuerza pública. Era, pues, preciso impedir á todo trance que saliera la estafeta, y

(1) Consejo de guerra.—Disturbios de Bedarieux; declaraciones de Verzanobres, alcalde; Nouzaret, comisario de policía, y Bonnes, ex juez de paz (*Gazette des Tribunaux*, 29, 31 de mayo, 2 de junio de 1852).

como los sediciosos eran muchos, iban bien armados y estaban dispuestos á todo, cercaron la casa cuartel.

El sargento Leotard, firme en su propósito, quiso romper el cerco; uno de los gendarmes, Bruguere, entreabrió la puerta é inmediatamente los insurrectos le apuntaron sus armas, y entonces bajó el sargento en persona á reunirse con su subordinado. Los sediciosos estaban delante de ellos insultándolos, dispuestos á disparar y resueltos á comenzar un sitio, cuyo resultado era harto fácil de prever; Leotard y su compañero, indignados de tanta audacia y creyendo que un acto de energía intimidaría á sus enemigos, hicieron fuego: dos amotinados cayeron en tierra, uno de ellos mortalmente herido.

Desde aquel momento comenzó una lucha sin cuartel entre aquellas turbas enfurecidas y esos valientes soldados fieles á su deber; los sediciosos ocuparon las casas vecinas y sostuvieron un fuego continuo contra el alojamiento de los gendarmes, mientras la multitud, en la que había no pocas mujeres que se distinguían por sus clamores, gritaba: «¡Es preciso fusilarlos!» Los sitiados, que se habían refugiado en el primer piso, contestaron vigorosamente; Leotard se esforzaba por mantener la confianza de sus hombres, á quienes animaba diciéndoles: «Aquí no corremos ningún riesgo, mientras tengamos municiones.» Esta lucha desigual se prolongó bastante tiempo y durante ella hubo algunos episodios desgarradores: la esposa de uno de los gendarmes, Flacón, se acercó á una ventana y una bala le atravesó el cráneo. «Alcé del suelo á mi mujer, dijo posteriormente aquél, la coloqué en su cama y volví á ocupar mi puesto de combate (2).»

Toda multitud desencadenada se vuelve feroz. El desenlace se hacía esperar demasiado, y los sitiadores se impacientaban. «¡Peguemos fuego á la casa!» gritaron algunos, é inmediatamente los insurrectos corrieron á las panaderías de la vecindad, y cogiendo faginas las amontonaron delante de la puerta principal (3). Muy pronto se distinguió el humo, y á poco las llamas, que se elevaban hacia el cielo entre las sombras de la noche. Leotard y sus hombres proseguían su desesperada defensa, pero el interior del cuartel ofrecía un espantoso espectáculo: las esposas de los gendarmes, aterradas por el fuego de fusilería y alocadas al percibir los resplandores del incendio, agitábanse confusamente y trataban de salvar algunos de sus muebles y efectos; los hijos de Flacón lloraban junto al lecho de su madre, y en tanto el fuego hacía á cada momento mayores estragos, llegando muy pronto las llamas al almacén de forraje. Leotard, á pesar de su energía, comprendió la imposibilidad de prolongar la resistencia, y con acento descorazonado dijo á sus compañeros: «Pronto será preciso firmar la paz (4).» Flacón se asomó varias veces á la ventana y trató de parlamentar, pero no logró hacerse oír y recibió una ligera herida; Bruguere, que descendió á la planta baja con el mismo propósito, cayó en tierra acribillado á balazos, y habiendo podido incorporarse se ocultó detrás de un montón de estiér-

(2) Declaración de Flacón (*Gazette des Tribunaux*, 1.º de junio de 1852).

(3) Declaraciones de Benoit y Revel (*Gazette des Tribunaux*, 6 y 11 de junio de 1852).

(4) Declaración del gendarme Sellere (*Gazette des Tribunaux*, 11 de junio de 1852).

col en donde los asesinos le descubrieron y remataron.

Cercados en su cuartel, amenazados por el incendio, agotadas sus municiones, acosados por una multitud desapiadada, los cinco gendarmes sobrevivientes ya no pensaron más que en su salvación. El gendarme Sellere, gracias á la complicidad de un insurrecto más humano que sus compañeros, consiguió escapar y llegar á una casa que le ofrecía seguro asilo y en la cual permaneció oculto hasta que se restableció el orden. Flacón, Cirq y Lamm pudieron, con ayuda de una cuerda, saltar una pared y refugiarse en una casa inmediata, la casa Mical, escondiéndose Cirq en el sótano del forraje, Flacón debajo de una cama, y Lamm en el cuarto de la joven Rosa Mical primero, y después detrás de los toneles; pero la cuerda que había quedado suspendida en el muro indicó á los insurrectos el camino que los gendarmes habían seguido, y más de doscientos de ellos invadieron la casa, ordenaron que les fueran entregados los fugitivos y amenazaron con fusilar á toda aquella familia si no les descubría el sitio en donde éstos se ocultaban. «¡Tened piedad de nosotros!» exclamaba en tono de imploración Carlos Mical; mis dos hermanas se han desmayado, los niños lloran, y mi padre y mi madre se creen perdidos. ¡Retiraos!» No por esto se conmovieron los amotinados, quienes efectuaron un primer registro que no dió resultado alguno. «¡No tendré la suerte de poder matar á un gendarme!» decía uno de aquellos miserables llamado Mercadier (1). Pero habiendo hecho nuevas pesquisas, descubrieron á Lamm; era éste un hombre probo y equitativo, pero exacto cumplidor de la disciplina, y su justa severidad habíale creado algunos enemigos; así es que á su vista se produjo una explosión de cólera. «¡Anda, mal hombre, le gritaban; ya no maltratarás más á los pobres quintos!» Y habiendo el infeliz demandado perdón, respondióle los asesinos: «¿Acaso nos perdonabas cuando informabas en contra de nosotros?» Todo lo que los Mical pudieron conseguir fué que el crimen no se consumara en su casa. El desdichado gendarme cayó muerto, atravesado por muchos proyectiles, y sus verdugos se ensañaron con su cadáver. En el entretanto, la esposa de Lamm, que se había refugiado en una casa vecina, oía los gritos de su marido, á quien estaban asesinando. Cirq fué también descubierto, y más de cuarenta individuos le apuntaron con sus fusiles: «¡Hay que matarlo!» gritaba la multitud. «¡Le fusilaremos como al otro!» En esto, uno de los insurrectos, llamado Malaterre, intervino en favor del gendarme, que en otro tiempo le había prestado algunos servicios. «¡No debéis matar á un hijo de esta tierra!» dijo á sus compañeros, y gracias á su intercesión, Cirq fué llevado á la alcaldía. Por el camino, unos querían matarlo y otros perdonarlo; pero al fin se salvó (2). Quedaba todavía Flacón: los sediciosos no le encontraron ó tal vez se olvidaron de él, y al día siguiente pudo acogerse en casa de un señor Jacobo Moutón que lo amparó preservándole de todo peligro.

Un último crimen vino á sumarse con los anteriores. Mientras todos los gendarmes huían, el sargento había-

(1) Declaraciones de Rosa y Carlos Mical y de Rouquairol (*Gazette des Tribunaux*, 2 y 4 de junio de 1852).

(2) Declaración de Cirq (*Gazette des Tribunaux*, 1.º de junio de 1852).

se quedado solo en el cuartel, habiéndose refugiado en una habitación del segundo piso, en donde, herido y sin municiones, esperaba la inevitable muerte. No obstante, transcurrió parte de la noche y por un momento pudo abrigar la esperanza de que, bien por olvido, bien por remordimientos de los insurrectos, podría salvarse; pero aquella esperanza se desvaneció cuando á las tres de la madrugada penetraron en la estancia siete ú ocho asesinos. Leotard era vigoroso, conservaba aún bastantes fuerzas á pesar de la herida y estaba dispuesto á vender cara su existencia. El criminal que iba delante llevaba en la mano una vela encendida; Leotard apagó la luz y en medio de las tinieblas se entabló la lucha. El gendarme resistióse mucho tiempo, pero al fin sucumbió ante el número de sus enemigos, quienes profanaron su cadáver sometiéndolo, según se dijo, á las más vergonzosas mutilaciones (3), después de lo cual pusieron á cenar tranquilamente en aquella habitación las provisiones que á prevención llevaban. Tal fué el espectáculo que ofreció Bedarieux aquella noche del 4 al 5 de diciembre.

Lo que sucedió después del crimen no fué menos horrible que el crimen mismo. Al despuntar el día, la autoridad insurreccional establecida en la alcaldía, no tuvo ni una palabra de censura para los asesinatos y calificó de «desgracias sensibles» los acontecimientos de la noche, de los cuales hizo responsables «á los que los habían provocado asesinando á algunos ciudadanos.» «Bajo el gobierno del pueblo soberano, añadía con una impudencia sólo comparable con su vileza, todo el mundo ve defendidos todos sus intereses, todos sus derechos, todas sus libertades (4).» Mientras tanto, los asesinos y sus cómplices, seguros de una pasajera impunidad, perseguían aún después de muertos á aquellos á quienes habían asesinado; en efecto, habiendo sido transportados los cadáveres de los gendarmes al hospital, allí acudió la multitud, movida por un sentimiento, no de piedad, sino de venganza no saciada (5): uno alzaba las mortajas y preguntaba dónde estaba el bandido que había roto el fuego (6); otro tocaba las heridas con el dedo y decía con acento de horrible orgullo: «No es mucho, pero para Bedarieux es bastante (7);» y las mujeres se distinguían por su odio implacable. Un tal Barthes, hablando de Lamm, decía: «¡Si hubieses visto las muecas que hacía cuando lo fusilaron (8)!» Y un tal Pagés decíale á la viuda de Lamm: «Si quieres ver á tu gran puerco, está tendido allá abajo (9).» Cuando llegó el instante de cerrar los ataúdes, algunos individuos se opusieron á ello, pues querían gozar más tiempo de la vista de las víctimas (10); y final-

(3) Declaraciones de Nougaret y de Quairol (*Gazette des Tribunaux*, 1.º y 5 de junio de 1852).

(4) Informe del fiscal de Beziers.

(5) Declaración del doctor Torzain (*Gazette des Tribunaux*, 1 y 5 de junio).

(6) Declaración de Pagés (Antonio) (*Gazette des Tribunaux*, 5 de junio).

(7) Declaración de Cavalier (*Gazette des Tribunaux*, 4 de junio).

(8) Declaración de Rossignol (*Gazette des Tribunaux*, 13 de junio).

(9) Declaración de la viuda Lamm (*Gazette des Tribunaux*, primero de junio).

(10) Declaración de Bonne, ex juez de paz (*Gazette des Tribunaux*, 1.º de junio).

mente, llegada la hora del entierro, la mayoría de aquellas gentes se oponían á que los gendarmes fueran sepultados en el cementerio: «Es menester ahogarlos, no enterrarlos; no son buenos más que para ser arrojados al río (1).» A duras penas pudo conseguirse que un sacerdote acompañara los cadáveres hasta el lugar de su sepultura. En cambio, el entierro de los dos insurrectos que habían sucumbido se verificó con gran pompa y con asistencia de más de dos mil personas, entre las que figuraban, no sólo socialistas, sino también gentes de la clase media, personajes notables y hombres de orden: ¡hasta tal punto había el terror paralizado la energía de los espíritus! Aquella orgía revolucionaria duró cinco días: el 10 de diciembre, el general Rostolán entró en Bedarieux.

IV

Falta relatar solamente la sublevación que estalló en la región de la orilla izquierda del Ródano, en donde hubo agitación sobre todo en tres departamentos: el Drome, el Var y los Bajos Alpes. En el Drome la insurrección fué puramente local, pero para sofocarla fué preciso verter sangre. En el Var, un verdadero cuerpo de ejército recorrió el país, recaudó impuestos, cogió rehenes y se dirigió ora á un punto, ora á otro, según el capricho ó las irresoluciones de sus jefes, hasta que acabó por disolverse poco á poco bajo la influencia de las malas noticias ó por cansancio, disolviéndose al fin después de un simulacro de combate. En los Bajos Alpes, la insuficiencia de la fuerza armada, la distancia á que se hallaba la capital, la dificultad de comunicaciones, todo favoreció la resistencia y retrasó la represión, habiéndose constituido en la capital un gobierno insurrecto que publicó decretos y tomó todos los aires de un poder regular, y habiendo transcurrido muchos días antes de que los agentes de Napoleón recobraran la posesión del departamento.

V

La noticia del golpe de Estado llegó á Valence el 2 de diciembre. La cifra imponente de la guarnición era bastante para desalentar á los que pensaran en una resistencia, y por otra parte, los jefes del partido democrático quedaron desconcertados por lo repentino del acontecimiento; así es que, debido á esta doble causa, la ciudad permaneció tranquila. No así la pequeña población de Crest y las aldeas del valle del Drome.

En Crest, el día 3 de diciembre, fueron saqueadas las oficinas de consumos é invadido el cuartel de los gendarmes. La llegada de un destacamento de artillería y algunas detenciones que se verificaron, restablecieron la calma, por lo ménos aparentemente; pero el estado de los municipios vecinos hacía temer nuevos disturbios. Tan grande era la inquietud, que se organizó á toda prisa una guardia cívica, formada por gente de orden, para el caso de que fuera necesario rechazar un ataque de los campesinos.

Los hechos justificaron esta previsión; en efecto, el

(1) Declaración de la viuda Lamm y de la esposa de Blayac (*Gazette des Tribunaux*, 1.º y 4 de junio).

día 5 de diciembre llegó el párroco de la Castre que, presa del mayor azoramiento, anunció las más graves noticias: «Toda la comarca está agitada, decía; en todas partes se forman partidas armadas; en Grane, en Chabrilant, en todo el valle superior del Drome, tocan á rebato; es necesario prepararse para un asalto inminente.» Algunos reconocimientos practicados en las cercanas localidades confirmaron estas nuevas alarmantes. Al mediodía siguiente, supose que una turba de trescientos hombres, procedente de Saillans, bajaba por la orilla derecha del Drome; detenidos en el puente de Aosta por un piquete de soldados, los paisanos escalaron las alturas y llegaron á una meseta que domina Crest y todo el valle, y ya se disponían á descender á dicha población, cuando se vieron sorprendidos por un nutrido fuego de fusilería que partía de una vieja torre, en donde se habían apostado algunos defensores de la ciudad. Intimidados ante aquella resistencia, se retiraron á la parte posterior de la meseta, no sin dejar algunos muertos sobre el terreno; y como anochece, encendieron hogueras de vivaque, organizaron una especie de campamento y pusieron centinelas alrededor de éste. A pesar de su fracaso, su actitud era resuelta, y más que pensar en la retirada parecía que esperaban refuerzos.

A aquella primera alarma sucedió casi inmediatamente un segundo ataque, dirigido desde un lado opuesto. A las siete de la noche oyéronse cantos y redobles de tambor en la orilla izquierda del Drome: eran los insurrectos de Grané y de Chabrilant que desembocaban en número de ochocientos aproximadamente y trataban de forzar el puente que da acceso á la ciudad, llevando como rehenes su párroco, su vicario, dos sacerdotes misioneros que estaban de paso en su población, varias personas notables y un niño de quince años cuyo único crimen consistía en la lealtad de su padre á la causa del orden. Por un refinamiento de crueldad habían puesto á estos desgraciados á la cabeza de la columna á fin de que recibieran los primeros tiros. Guardaban el puente una veintena de infantes y ocho jinetes, quienes, á pesar de su inferioridad numérica, no vacilaron en empeñar la lucha; el éxito justificó su audacia, pues aquellas turbas, al ver caer muertos á dos de los suyos y heridos á varios, desistieron de su empeño y emprendieron la fuga. Los soldados tuvieron dos bajas, una de ellas el sargento Carrier, que fué muerto á traición por uno de los insurrectos á quien había hecho prisionero y respetado la vida (2).

No obstante estas ventajas, la posición de los defensores del orden era crítica: las columnas socialistas de las dos orillas del Drome habían sido rechazadas más bien que vencidas y todo anunciaba para el día siguiente un nuevo ataque. La fuerza pública se componía tan sólo de una sección de artillería, de un pequeño destacamento del 32.º de línea, que aquella mañana se dirigía de Romas á Die y que los de Crest habían retenido por lo que pudiera suceder, de algunos guardias voluntarios y de algunos gendarmes. Habiéndose pedido refuerzos á Valence, á la mañana siguiente llegó el jefe de escuadrón de artillería Delamothe, con una sección

(2) Memoria del general Lapene sobre la insurrección del Drome.—Carta del P. Forget, misionero en Grane (*Courier de la Drome*, 23 de diciembre de 1851).

montada y dos cañones; además llegaron unos cuarenta hombres armados procedentes de Chabeuil, adonde habían sido enviados pocos días antes y en donde no era ya necesaria su presencia. Aun con este suplemento, la pequeña guarnición de Crest resultaba insuficiente; pero habría sido imprudente dejar á Valence sin fuerzas, tanto más cuanto se notaba cierta agitación en el departamento del Ardeche.

El día 7 se reanudó la lucha: en la orilla derecha del Drome, una vigorosa demostración de la tropa arrojó sin gran trabajo á los contingentes de Saillans de la meseta en que desde la víspera vivaqueaban; en cambio, en la orilla izquierda se trabó un verdadero combate. A cosa de las dos de la tarde avistóse á pocos kilómetros de la ciudad una columna de más de dos mil hombres: eran los aldeanos de Saon, de Puy-Saint-Martin y sobre todo del cantón de Burdeos, armados de fusiles, de horcas y de layas. El comandante Delamothe les salió al encuentro con un destacamento de infantería, algunos jinetes y un obús; roto el fuego de fusilería, los insurrectos se mostraron tan resueltos que las tropas se replegaron hacia la población tomando posiciones al extremo del puente que defiende la entrada de la misma. Acercáronse los sediciosos, y aunque los disparos de metralla con que fueron recibidos causaron grandes estragos en sus filas, los más intrépidos no se acobardaron, antes al contrario deslizáronse á lo largo del río y varias veces intentaron forzar el paso del puente. Sólo á la caída de la tarde se dispersaron por la campiña.

Aquel fracaso destruyó las últimas esperanzas de los socialistas, de suerte que el día 8 no se presentó ninguna partida delante de Crest.

En otros puntos del departamento, en Loriol, en Rochegude y en Montelimart, hubo alguna emoción; y en el cantón de Marsanne algunas turbas, llevando más lejos su audacia, intentaron entablar la lucha contra la tropa; pero en ningún sitio tuvo la sublevación el carácter de gravedad que en el cantón de Crest, y el 10 la paz pública quedaba restablecida en todas partes.

VI

La agitación, local en el Drome, se extendió en el Var por una gran parte del departamento. Ninguna región había sido tan trabajada como ésta por los manejos socialistas. En las elecciones de 1849, la lista demagógica había triunfado. En 1850, las afiliaciones á las sociedades secretas habían sido numerosísimas; además se había emprendido una propaganda muy ardiente en la guarnición de Tolón, y, si hemos de dar crédito á ciertas revelaciones, las tropas, sobre todo las de infantería de marina, no habían escuchado aquellas predicaciones sin ciertas simpatías. El arresto de Gent y las persecuciones intentadas contra la *Nueva Montaña* habían exaltado los ánimos en vez de abatirlos. A fines de 1850 se habían celebrado conciliábulos en Tolón, en Marsella y sobre todo en Aix. En la reunión de Aix, un joven obrero de Tolón, llamado Daumás, no había vacilado en aconsejar la insurrección inmediata. «Los soldados, en parte, son nuestros, dijo á sus amigos; los regimientos de la marina acuartelados en Mouvillon están dispuestos á secundarnos; probemos audazmente fortuna, sublevémonos, y todo el Mediodía, á ejemplo

nuestro, se insurreccionará (1).» La mayoría se había negado á asociarse á tan temeraria aventura. Pocos días después, Daumás fué preso. A pesar de la desaparición de tan ardiente auxiliar, la propaganda socialista continuó. Ni los rigores administrativos, ni la vigilancia de la policía, ni la creación de brigadas de gendarmería suplementarias llegaban á intimidar á los cabecillas de la demagogia.

En esto se tuvo noticia del golpe de Estado. Tolón y Marsella permanecieron tranquilos. En estas dos ciudades, como en casi todas las poblaciones importantes, los miembros más influyentes de las sociedades secretas se inclinaban á esperar la consigna de París, y, por temor ó por prudencia, estaban más dispuestos á contener que á excitar á sus amigos. Además, una numerosa guarnición respondía del orden, y, á pesar de todas las esperanzas contrarias, era en general fiel y disciplinada. En la comarca de Tolón el orden público únicamente se alteró en dos puntos: en Hieres, donde una tentativa de rebelión fué prontamente reprimida por los marineros de la fragata *Urania*; y en Cuers, donde el sargento de gendarmería Lambert fué traidoramente asesinado.

La insurrección estalló en el centro del departamento. Al Este de Tolón, cerca del litoral, se extiende una cordillera de montañas que en tiempo de las incursiones sarracenas tomó el nombre de sierra de los Moros. En medio de estas montañas cubiertas en parte de alcornoques se alza un pueblo habitado casi exclusivamente por leñadores y taponeros y llamado Garde-Freyne. Bajando por la vertiente septentrional de esta sierra se llega á una hermosa llanura plantada de olivos y bañada por el Argens: allí se encuentran los pueblos de Luc y Vidaubán, situados el primero en la confluencia de varios caminos, y el segundo á la orilla del río. Los montañeses y labriegos de la comarca vivían demasiado lejos de los centros militares para temer una represión inmediata; habían acogido con entusiasmo la propaganda socialista, y su ardor y credulidad les ponía al abrigo de las indecisiones que con frecuencia y en iguales circunstancias paralizan á los jefes más inteligentes. En toda aquella región el levantamiento fué general. Luc, Garde-Freyne y Vidaubán dieron á los pueblos de la comarca una consigna que casi en todas partes fué escuchada.

A la noticia del golpe de Estado, los demócratas de Luc se reunieron á toda prisa. Después de una breve deliberación, la mayoría acordó tomar inmediatamente las armas. Creóse una junta revolucionaria. Enviáronse propios á los pueblos vecinos para convocar á los contingentes socialistas en la cabeza de partido. Se enarbó la bandera roja. Encarcelóse, por último, á los reaccionarios más comprometidos y se les tuvo en rehenes.

Los habitantes de Garde-Freyne no se mostraron menos resueltos que los de Luc: también expidieron emisarios, y prendieron y guardaron en rehenes á los gendarmes, á varios propietarios y á la mayor parte de los agentes del fisco. Las costumbres de aquellos montañeses eran más salvajes y los odios más feroces que en Luc. Los rehenes fueron en seguida amenazados, y fué necesaria la intervención de los jefes para impedir que

(1) Noël Blache, *Histoire de l'insurrection de décembre de 1851 dans le Var*, págs. 15 y siguientes.

fueran asesinados. Por medio de una proclama se ordenó á los reaccionarios que depusieran las armas en la alcaldía, so pena de ser fusilados, y se pusieron centinelas en torno del pueblo á fin de impedir que los *blancos* huyesen.

Durante todo el día 5 y la mañana del 6 llegaron los contingentes de los pueblos inmediatos. Los de Moyens se trajeron al cura de su parroquia, y los de Garde-Freynet, Saint-Tropez, Grimaud y Cogolin se reunieron bajo el mando del cirujano de marina Campdoras. En la tarde del 6 dirigiéronse todos juntos hacia Vidaubán, donde fueron recibidos con exuberante entusiasmo por los demagogos de la localidad que habían proclamado la insurrección, invadido la casa consistorial y secuestrado á los gendarmes. Aquella misma noche Vidaubán se halló convertido en el punto de concentración de todas las fuerzas socialistas, que comprendían unos tres mil hombres, entre los cuales figuraba un gran número de campesinos arrastrados por intimidación y de vagos tan fanfarrones como cobardes. A la columna se habían agregado muchas mujeres. Sin embargo, ciertos contingentes, y en particular los de Garde-Freynet, parecían algo más aguerridos que los demás y ofrecían cierta apariencia de organización militar.

Mucho era que los socialistas hubieran concentrado todas sus fuerzas en un mismo punto. Pero faltaba trazar un plan de acción y nombrar un general. En la noche del 6 al 7 se reunieron los jefes. No es difícil adivinar lo que fueron las deliberaciones de aquellos hombres, casi todos groseros, bulliciosos, sin instrucción, embriagados y asustados á la vez de su papel. Después de haber confiado al cirujano Campdoras la lectura de los partes interceptados, á fin de que las noticias desfavorables á la causa republicana no se divulgasen, los cabecillas reunidos trataron de la conducta que habían de seguir, é inmediatamente estalló la divergencia. La discusión llegó á ser tan acalorada, que los jefes se amenazaron mutuamente de arresto y aun de pasarse por las armas (1). Si difícil era la adopción de un plan lo era más todavía la elección de un general. Todos los cabecillas eran incapaces de desempeñar un mando superior y demasiado presuntuosos para someterse á uno cualquiera de los suyos. Disputaban en medio de la mayor anarquía cuando surgió de pronto un personaje bastante extraño y destinado á ejercer una influencia dominante en los acontecimientos que iban á desarrollarse.

Este se llamaba Camilo Duteil. Era un periodista de Marsella, redactor del *Peuple*. El 4 de diciembre, á fin de escapar á una detención que él creía inminente, había huido al Var. En la noche del 4 al 5 llegó á Brignoles. Su elevada estatura, sus bigotazos, su aire marcial, el sable y las pistolas que llevaba al cinto, todo contribuyó á que llamara la atención de la muchedumbre. Peroró en el café del *Cours*, se mofó de las indecisiones de los tímidos, se pronunció por la insurrección inmediata y arrastró á la mayoría. Era de creer que después de semejante éxito se quedaría en Brignoles. Pero no fué así. En busca de mayor fortuna, partió el día 6, á la caída de la tarde, para Vidaubán. Le acompañaban diez y siete jinetes, que le abandonaron en el camino, excep-

(1) Noël Blache, *Insurrection du Var*, págs. 83 y 84.

to uno solo que le fué leal y constante hasta el fin. Llegó á las dos de la madrugada á Vidaubán con su fiel compañero; presentóse en la casa consistorial y se introdujo en el consejo de los jefes demócratas. Se buscaba un general. Nadie se consideraba con fuerzas para serlo, pero nadie quería que su vecino lo fuese. Duteil, como forastero, no inspiró celos ni desconfianza á nadie. El periodista afirmó que había servido en el ejército; tenía porte marcial y cierto aire de aventurero que en tales circunstancias le favorecía. Se le dió la presidencia de la reunión; ofrecióse él á tomar el mando, y de común acuerdo le fué conferido.

Aunque Duteil era partidario de evitar todo combate, tomar posiciones á orilla del Verdón, que separa el Var de los Bajos Alpes, dar la mano á los insurrectos de este último departamento, aprovecharse de las dificultades de las comunicaciones para sostener largo tiempo la campaña y esperar noticias de las demás provincias. La mayoría de los cabecillas resolvió emprender el ataque de Draguiñán. En la imposibilidad de contrarrestar la opinión general, Duteil, que consideraba sus tropas demasiado poco aguerridas para semejante golpe de mano, fingió consentir en él. Anunció la marcha hacia Draguiñán, pero con la intención secreta de modificar en el camino el itinerario de la columna.

El día 7, al amanecer, el pequeño ejército socialista se puso en movimiento bajo el mando de su nuevo jefe. Los insurrectos ignoraban las malas noticias de París; ninguna marcha larga, ninguna privación ni peligro habían puesto aún á prueba su buena voluntad. Batían los tambores, y las mujeres, asomadas á las ventanas, animaban á los combatientes. Detrás de la columna entusiasmada seguían los rehenes en carros. Pasado el Argens, nuevos contingentes se agregaron á la partida. Esta llegó una hora después á Arcs, pueblo situado á tres leguas de Draguiñán. Para seguir el plan acordado la víspera, había llegado la ocasión de marchar resueltamente sobre la ciudad. Sin revelar todavía sus verdaderos intentos, Duteil dirigió su columna hacia el Norte, es decir, hacia Lorgues. Los socialistas daban la vuelta á la capital, sin alejarse aún de ella.

Las partidas insurrectas, cuando no las sostiene una gran pasión política ó religiosa, no suelen escapar al desaliento ni á la indisciplina. Entre Arcs y Lorgues se manifestaron las primeras señales de desorden. Algunos insurrectos empezaban á resentirse de la fatiga; otros se quejaban del frío, que era algo vivo á pesar de la serenidad del cielo; muchos se habían emborrachado y seguían la columna bamboleándose; en el camino hubo también algunas deserciones (2). Los más animados dirigían crueles miradas hacia los carros que conducían á los prisioneros. «Hay que fusilarlos sin piedad, decían, si resulta que han preso algún patriota en Luc ó en Garde-Freynet.» Quisieron fusilar en el acto á uno de los sargentos de gendarmería, y si no se perpetró el crimen debióse únicamente á la enérgica intervención de Duteil. Al llegar la columna á Lorgues, los principales habitantes le salieron al encuentro; se convino que se entregarían víveres á los insurrectos, pero que, en cambio, éstos no entrarían en la población. A pesar de este convenio, el batallón de Vidaubán y después de él ca-

(2) Duteil, *Trois jours de généralat dans le Var*, págs. 29 y 31.

si todas las fuerzas invadieron el pueblo, vociferando infames canciones; prendieron á diez y seis propietarios conocidos por su adhesión al partido del orden, y á la caída de la tarde volvieron á emprender su marcha, pero hacia Salernes y alejándose cada vez más de Draguiñán. Llegaron muy tarde á Salernes. Esta población era en su mayoría demagógica y acogió con entusiasmo á los insurrectos.

La jornada del 8 fué de descanso. La columna, algo mermada por algunas deserciones, pero aumentada en cambio con la llegada de nuevos contingentes, pasaba de tres mil quinientos hombres. Duteil conferenció con los principales jefes, esforzóse en organizar compañías y dió órdenes para forjar picas, fundir balas y reunir pólvora. A pesar de estos preparativos, preveíase el desenlace. Los partes interceptados y leídos por Campdoras no dejaban subsistir ya la menor duda sobre el triunfo del golpe de Estado en París y sobre la indiferencia de la mayor parte de las provincias. No era posible ocultar por más tiempo la verdad. Los insurrectos estaban, en general, poco acostumbrados á la vida militar; habían tomado las armas para una especie de fanfarronada y no para una larga expedición (1). Los más resueltos iban mal armados y mal vestidos. Temíase entrar en acción. Algunos tiros oídos en los alrededores de Salernes causaron viva alarma, y la columna no se tranquilizó hasta saber que no se trataba de enemigos, sino de cazadores que se divertían en la montaña.

Duteil, á quien se acusó más tarde de incapacidad y hasta de cobardía, y cuyo principal defecto consistió quizá en conocer demasiado á sus auxiliares, resolvió marchar decididamente hacia el Norte, penetrar en los Bajos Alpes y juntarse con los insurrectos de este departamento, á fin de ganar tiempo, estar á la mira de los acontecimientos y evitar, en todo caso, una derrota; y si se desvanecía toda probabilidad de éxito, quedaba al menos el recurso de refugiarse en el Piamonte por la montaña. Este último pensamiento dominaba en el ánimo de muchos jefes, más vanidosos que fanáticos y atentos sobre todo á su seguridad personal. El día 9, al amanecer, la columna partió para Aups, pueblecito situado al extremo septentrional del Var, cerca de la frontera de los Bajos Alpes, y llegó á dicho punto antes de que cerrara la noche. Allí contaba Duteil organizar sus tropas y pasar con ellas el Verdón, pero la expedición estaba destinada á tener allí mismo un vulgar y miserable desenlace.

A la noticia de la insurrección de Luc, Garde-Freynet y Vidaubán, el regimiento de línea número 50, de guarnición en Tolón, había recibido orden de marchar hacia el Norte para reprimir la insurrección. El coronel Trauers había salido el día 7 con quince compañías; le acompañaba el Sr. Pastoureau, ex subprefecto de Avranches, que acababa de ser nombrado prefecto del Var é iba á tomar posesión de su cargo. Las tropas, á marchas forzadas, habían llegado por la noche á Luc, donde establecieron un municipio. Al día siguiente atravesaron Lorgues, que poco antes había ocupado Duteil. Aún ignoraban dónde se encontraba el grueso de la facción socialista. En Flayosc, una partida de ciento cincuenta

(1) Duteil, *Trois jours de généralat dans le Var*, págs. 40 y 41; Savona, 1852.

campesinos huyó al saber que se acercaban los soldados. El día 8, por la noche, el regimiento se encontraba en Draguiñán. Esta desdichada ciudad había pasado por crueles angustias durante las últimas cuarenta y ocho horas. Se había enterado del levantamiento de los pueblos vecinos. Desde el día 6 había estado temiendo un ataque. La guarnición se componía de un batallón de infantería, pero muy mermado y compuesto casi exclusivamente de quintos. En otra época se había creado una sociedad de voluntarios, titulada *Sociedad de San Martín*; sus miembros se reunían en la prefectura, donde los principales funcionarios se habían refugiado con sus familias, temiendo un próximo asalto. Durante la noche del 6 al 7 las ansiedades redoblaron: anuncióse la llegada inminente de los socialistas. Afortunadamente no era más que una falsa alarma. Pero, en la mañana del 7, cuando se supo que las partidas insurrectas se encontraban en Arcs, todo el mundo creyó que iban á atacar la ciudad. Contra lo que se esperaba, la facción se alejó, y sólo entonces la capital empezó á respirar (2). Después de tales ansiedades, se comprende con qué transportes de alegría fueron acogidos, el 8 de diciembre, los soldados del 50.º regimiento. La jornada del 9 fué en parte consagrada á reconocimientos y en parte á un descanso bien merecido, pues las tropas habían andado más de veinte leguas en dos días. El 10, por la mañana, muy temprano, el coronel Trauers partió para Aups con once compañías y algunos jinetes, comprometiéndose á alcanzar la partida insurrecta y acabar con ella. El prefecto acompañaba á los soldados. Mientras tanto, otra columna procedente de Marsella, al mando del coronel Sercey, penetraba en el distrito de Brignoles y se disponía á atacar por la retaguardia á los facciosos (3).

Duteil había llegado á Aups el día 9 por la noche, como arriba se ha dicho. Uno de los jefes socialistas, llamado Arrambide, había sido apostado con unos cuantos centenares de hombres en las alturas del Tourtour, que dominan la carretera de Draguiñán. Además se había enviado el contingente de Arcs hacia Fox-Amphoux, con la misión de vigilar la ruta de Brignoles. Así en guardia contra todo ataque del coronel Trauers ó del coronel Sercey, Duteil se creía en seguridad. En la mañana del día 10 se había hecho entregar blusas y otros efectos de equipó, imponiendo á los habitantes una contribución forzosa. Para colmo de violencia, los jefes demagógicos habían publicado una especie de leva en masa de los hombres de diez y ocho á cuarenta años. Antes de empezar su movimiento de retirada hacia el Norte, el extraño general quiso pasar revista á sus partidas. A las diez, los contingentes socialistas, que eran aún muy numerosos, se reunieron en una explanada, plantada de grandes árboles y situada á un extremo del pueblo. Apenas había empezado Duteil á arengar á las tropas, cuando á cierta distancia y en medio de un olivar se vió el brillo de bayonetas. Eran los soldados del 50.º regimiento de línea que avanzaban en guerrilla, precediendo al grueso de la columna. Con una actividad prodigiosa, el coronel Trauers, en menos de seis horas, había andado con sus hombres ya cansados el

(2) Maquan, *Insurrection du Var*.

(3) Parte del general Levallant sobre los sucesos del Var.